

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

¿Cómo mostrarse indiferente ante semejante conflicto? ¿Cómo no sentir interés ante esta guerra y no importa cual otra guerra que pueda estallar?... No hay un motivo mayor de aflicción como estas batallas entre los hombres.

Háblase de luchas de pueblos, de conflictos entre razas, de consecuencias que pueda traer la victoria de una ú otra... ¿Pero qué importa todo esto? Yo no distingo de razas. Yo estoy siempre por *el hombre*, bien sea ruso, bien sea japonés. Yo estoy por el obrero, por el oprimido, por el desgraciado, que pertenece á todas las razas. Y ocurra lo que ocurra, ¿qué es lo que sacará él como ganancia de este choque de los pueblos?

Esta guerra muestra dolorosamente has-

ta qué punto los hombres olvidan la noción de su deber.

¡Cumplir el deber! ¿Saben ellos solamente lo que estas palabras significan?... Por encima de los deberes que tienen los hombres con la familia, la patria y la sociedad, está su deber con Dios, y si la palabra repugna, con el Todo, con una gran *T.* Este Todo, que yo llamo Dios, está por encima de las controversias individuales. Haga yo lo que haga, nada puedo hacer que no pertenezca á un conjunto, pues yo no soy más que una parte de una gran armonía. La conciencia que yo tengo de la relación de mi ser con esta armonía, es lo que se llama habitualmente espíritu religioso, y esta conciencia es la que nos dicta los deberes.

Pero estas nociones esenciales, los hombres las olvidan. ¿Es que acaso leen alguna vez con el corazón el libro de los libros, el Evangelio?... Ellos se obstinan en permanecer en el estado de barbarie. Y nosotros les vemos, por causa de esto, comprometerse deliberadamente en guerras vergonzosas, sin decirse que el primer deber, el

deber más esencial de los seres que piensan, es el de abolir la guerra.

*
* *

Pero los hombres van como locos, como máquinas ciegas, que ruedan, rugen y destruyen al azar.

El sentimiento de la responsabilidad no se ve por parte alguna. Y cada uno transporta sobre el vecino el peso de sus propias faltas.

Si yo fuera emperador, ministro, periodista, soldado, yo me diría: ¿Tienes tú el derecho de ordenar la guerra, ó de seguirla, ó de aconsejarla, ó de impulsarla, ó de aceptarla y servirla?... No; ocurra lo que ocurra, bajo ningún pretexto y por la causa que sea, tú no tienes ese derecho, pues no existe una guerra, una tan sola, que valga el sacrificio de una sola vida humana ni el gasto de un solo *kopek*. Emperador, ministro, periodista, soldado, tú eres un hombre; nada más que un hombre. Tú has sido arrojado sobre la tierra para un fin superior y para cumplir una misión que no

llenarás por entero, ya que eres débil, pero hacia el cumplimiento de la cual debes marchar sin reposo. Tú faltas á esta misión y reniegas de tu destino si ordenas la violencia, si la provocas, ó la preparas, ó la excusas, ó te prestas á su cumplimiento. No hay en la vida una ley superior á la repugnancia que inspira el asesinato.

Y cuando yo me digo esto, aunque fuese emperador, ministro, periodista ó soldado, antes que aceptar la más pequeña parte de responsabilidad, por ínfima que ésta fuese, en el hecho de la guerra, yo me rebelaría, guardando, con la conciencia de mi deber, la voluntad para cumplirlo.

Si de mí dependiese la guerra, yo abandonaría á los japoneses Petersburgo, Moscou, Yasnaïa Poliana, donde está mi hogar, todo lo que ellos exigieran... Pero ¡ay! ¿quién piensa ahora en el deber? ¿quién piensa ahora en la razón? Hay una cosa más triste aún, si esto es posible, que el espectáculo de la guerra, y es el espectáculo de la quiebra de la razón humana.

Sé bien que muchos excusan la guerra como favorable para el progreso humano, y dicen que, mediante ella, los hombres que gozan el privilegio de una civilización adelantada, aprovechan su fuerza atractiva para arrastrar á los que vienen en el atraso.

Así es como se razona hoy día, como razonan, al menos, muchas personas de pretendida sabiduría, y este razonamiento es cómodo para justificar todas las empresas, así las buenas como las perversas.

Yo admito; sin embargo, este razonamiento. Yo consiento en aceptar que la civilización lleva en ella una fuerza activa y educadora. Pero yo pregunto: ¿dónde reside la civilización? ¿Por qué queréis que forzosamente la coloque yo en Europa? ¡Porque los europeos, que se han creado contra las voluntades naturales muchas necesidades artificiales, ocupan su genio en satisfacerlas! ¡Porque han inventado los caminos de hierro, el telégrafo y un sinnúmero de cosas más!... Pues todas estas adquisiciones de la pretendida civilización, me parecen invenciones propias de la barbarie. Ellas sirven y adulan los más bajos instintos del hom-

bre. Al revés de los que creen que ellas le confieren cierta superioridad moral, yo veo, al contrario, que el empleo que dé el hombre á su inteligencia es casi siempre en favor del mal, no del bien.

Se me dirá que el hombre civilizado no crea únicamente instrumentos de guerra, sino instrumentos para la comodidad material; y se me dirá, sobre todo, que crea las máquinas que ayudan al hombre en duros trabajos. Esto último es cierto; pero ¿por qué hay trabajos duros sino porque el hombre se ha creado necesidades violentas? Limitad vuestras necesidades y ahorraréis fatigas morales y sin número á una multitud de vuestros semejantes.

¿De qué utilidad me son el tapiz que cubre la mesa en que escribo, los adornos de la sala en que estoy y todo el *comfort* que me rodea? ¿No sería yo capaz de seguir subsistiendo si me viera privado de todo esto?... Y sin embargo, es para proporcionarme este bienestar superfluo, que hombres y más hombres, generaciones enteras, han penado y sufrido, padeciendo toda clase de dolores. ¿Por qué? Porque yo soy

«un hombre civilizado». La felicidad humana y la verdadera libertad consisten en domar los apetitos, y las invenciones modernas; aguzando y excitando estos apetitos, no logran otra cosa que perpetuar la esclavitud.

*
* *

Hay quien dice que en la presente guerra, ya que uno ú otro pueblo ha de ser el vencedor, la justicia demanda que el Japón sea el vencido, ya que los japoneses fueron los primeros en agredir.

Los que así hablan, ¿están verdaderamente seguros de que el Japón haya sido el agresor?

¿Cuál es el verdadero responsable? ¿El que dispara el primer cañonazo ó aquel que ha exasperado antes al adversario, impulsándolo á una desesperada violencia?

Entre la Rusia y el Japón, ¿quién podrá determinar la escala y los límites de los mutuos engaños?...

Estoy pronto á reconocer que si la Rusia, sin derecho alguno, ha ocupado la Mandchuria, sin derecho alguno también

pretende intervenir en ella el Japón, y reconozco igualmente que el Mikado no tiene ninguna razón aceptable para mezclarse en un asunto que sólo interesa á Rusia y á China... Pero existe la Corea, y es por la Corea por la que los japoneses han emprendido la lucha. Si los rusos no hubieran mostrado el deseo de introducirse en este país, si no existieran por debajo de los actuales sucesos (á juzgar por lo que me han contado) ciertas historias de adquisiciones agrícolas, sostenidas por la corte rusa, es muy probable que el Japón no hubiese osado comenzar. Y si todo lo que ha precedido al período activo de las hostilidades fuese conocido en detalle, se vería, sin duda alguna, que hay lugar para hacer un reparto más equitativo de responsabilidades, no tocándole la menor parte á la Rusia.

*
* *

Pero todas las consideraciones sobre el por qué y el cómo de esta guerra son para mí secundarias. Un sólo hecho me interesa: ¿esta guerra avanzará ó retardará la hora

de la paz humana? Indudablemente la retardará, y esto es lo que debe constituir nuestra aflicción. Lo demás no debe importarnos. Yo sé de muchos rusos que, aspirando á la libertad y revolviéndose bajo el peso odioso del régimen, sostienen esta tesis. Ellos dicen que la derrota final de los ejércitos rusos no atacaría ni al prestigio ni á las fuerzas vitales de la inmensa población de Rusia, sino que, por el contrario, daría como resultado la debilidad y el decaimiento del régimen actual. Añaden que aunque la guerra terminase felizmente, produciría, por repercusión, un enardecimiento de las indolentes masas populares, y que en uno ó en otro caso conviene estar atentos para recoger los beneficios de la guerra.

He aquí un razonamiento pobre, un método simple digno de desprecio. Del mal no puede surgir más que el mal, y para el filósofo, la guerra no será nunca una condición necesaria de la paz. La Rusia no es más que una parte del Universo habitado. Por encima de ella está la humanidad: por encima de la humanidad está el principio

de la vida; y es el atentado que se realiza contra el principio de la vida y la ley eterna lo que hay que considerar.

Contempladas las cosas desde esta altura, ¿qué nos puede importar la suerte particularísima de la Rusia? ¿Vamos acaso á subordinar á ella los intereses esenciales de la vida y los imprescriptibles deberes morales? ¿Olvidaremos acaso por el interés de Rusia que toda batalla que se libra en un punto del universo despierta sobre el universo entero repercusiones terribles y que mucho más allá de adonde llegan las balas y los obuses ella esparce sobre toda la tierra el contagio de la muerte?... /

Todos los razonamientos en favor de la actual guerra son pueriles. Cuando yo oigo lo que dicen muchos rusos ciegos, pienso en un asesino que, habiendo deliberado fríamente herir á cualquiera, vacilase en el último momento y suspendiera el golpe por miedo á manchar el traje de la víctima.

La humanidad y la civilización sufrirán lo mismo si triunfan los rusos que si triunfan los japoneses.

Dicen muchísimos que el Japón es un pueblo bárbaro y que su civilización es aparente, algo así como una decoración de día de fiesta. Añaden que lo único que han tomado de Europa son sus cañones, sus acorazados, sus organizaciones militares y políticas; armas, en fin, para batirse mejor. ¿Son realmente los japoneses tales como los pintan? Yo no los creo así, y quisiera que me diesen la demostración de lo contrario. Ellos son como son: he aquí todo, con las mismas cualidades y defectos comunes á los otros hombres. ¿Decís que ellos han tomado de la civilización occidental lo que ésta tiene de peor? ¡Ah! es bien posible. Hay un autor que yo leo con frecuencia: es Pascal. Y Pascal ha escrito esto: «No se imita la castidad de Alejandro el Conquistador, pero se busca imitarle en sus conquistas.» Del mismo modo, es muy probable que el Japón no haya imitado hasta ahora á Europa más que en sus defectos; pero al menos guarda sus caracteres propios y persigue su evolución como nosotros perseguimos la nuestra. Estad seguros de que su turno llegará, y entonces se des-

arrollará, y perfeccionará según la ley general.

*
* *

¿Y por qué los japoneses han de ser un pueblo inferior, como pretenden algunos? Yo los considero poco más ó menos en la misma situación que estaban los rusos bajo Catalina II. Acaban de salir de la barbarie y se emancipan de la servidumbre. Siguen su marcha y adquieren conciencia de lo que son y valen. ¿Hay algo más legítimo? ¿Con qué derecho el Occidente puede oponerles obstáculos? ¿Con qué pretexto lícito se puede impedir su desarrollo?... Pero no es por esto por lo que se osa censurarles. Se les ataca de costado y se hace presa en sus debilidades. Por esto se hace burla, á falta de mejores argumentos, de que en el Japón se nombren duques, marqueses y barones. ¡Hermosa justicia! ¿Es que acaso entre nosotros se conocían nobles antes de Pedro el Grande? ¿A quién debe su existencia la nobleza rusa sino á este emperador?... Yo soy conde, ¿y por qué soy yo conde? Porque el primero de mi familia lo fué. ¿Y por

qué un japonés de talento, como Mr. Ito, no ha de ser tan marqués como yo soy conde?...

*
* *

Á falta de otras razones se alega que la raza amarilla marcha á gran retraso de la blanca, y se añade que la simpatía del blanco debe estar al lado del combatiente blanco. Esto es sencillamente falto de toda razón. Se pregunta dónde están los progresos de la raza amarilla, fijándose en la China, cuya evolución parece estancada después de millares de años.

Pero nosotros, los europeos, conocemos muy mal el mundo asiático. ¿Quién lo ha estudiado, quién ha penetrado en él, excitando su conciencia? Yo veo que los chinos y los indos no son pueblos guerreros; que ellos desprecian la guerra y á aquellos que la hacen; que su Buda estipula como regla esencial la prohibición de dar la muerte aunque sea á un insecto. Esto es algo: esto representa una superioridad verdadera sobre nosotros. Yo veo que ellos no matan. Yo veo, en los relatos de los viajeros, que

ellos son leales en sus negocios, que respetan su palabra y no mienten jamás. He aquí otra cosa que no es muy común en Europa.

Reconozco imparcialmente que en muchas cosas son bárbaros y que practican la tortura contra sus semejantes. ¿Cómo explicarse esto?... Pero sus filósofos han formulado pensamientos eternos.

Recordad á Confucio y á Buda. ¿Hay en la historia de la humanidad pensadores, moralistas y apóstoles, que sean más generosos y más nobles que éstos? Pues los dos eran de raza amarilla.

Y si los japoneses son crueles, ¿no lo somos nosotros también? ¿Se ha hecho la cuenta de las atrocidades inscritas en el pasivo de este mundo que pretende ser civilizado? Una dama, amiga mía, me ha contado un hecho horrible ocurrido en la Mandchuria. Fué durante la construcción del ferrocarril transiberiano. Un día se descubre no sé qué atentado contra los trabajos de la línea. Los culpables son desconocidos y no dejan rastro alguno. La autoridad abre una información que no da

resultado. Pero como para la autoridad no es tolerable que un hecho penado quede impune, y como para ella es necesario castigar, sea el que sea, se prende á capricho á cuarenta chinos de los alrededores. Se les hace entrega de palas y de picos, y se les obliga á abrir un gran foso. Cuando el foso está terminado, se les coloca en línea á lo largo de sus bordes. Después, á una señal, una tropa de cosacos se precipita sobre ellos, y con los pies, con los puños, á sablazos, á golpes de culata y de látigo, los hacen caer en el agujero, y muertos ó heridos, sin reparar en que los más de ellos aun viven, se les cubre de tierra hasta rellenar el foso y se nivela el suelo... Tal vez allí crezcan ahora nabos ó remolachas que servirán para nutrir nuestros ejércitos. ¡He aquí nuestra civilización!

¿Cómo decir, pues, que la civilización ganará algo con el triunfo de la Rusia ó del Japón? ¿Dónde está la civilización? ¿Está con los amarillos? ¿Está con los blancos? ¿Dónde se ven sus actos? ¿Dónde se tocan sus resultados en Europa? ¿Es que el mundo avanza ó es que retrocede?... Hay

horas en que se siente agonía al proponerse esta cuestión.

Los pueblos europeos aparecen con toda su barbarie cuando intentan colonizar á los que consideran salvajes. Francia, Alemania, Rusia, Italia, la misma Inglaterra, en el asunto del Transvaal, todas las naciones proceden de igual modo. ¿Dónde encontrar un pensamiento de verdadera civilización en la obra colonizadora de Europa?

Las invenciones modernas no prueban nada en favor del desenvolvimiento de la moralidad humana. Yo no soy muy sensible para los caminos de hierro, el telégrafo, el teléfono y todas esas conquistas por las cuales el hombre piensa demostrar el progreso, y que no atestiguan en él más que un egoísmo refinado.

Nosotros nos asombramos ante las Pirámides, preguntándonos con extrañeza: «¿Con qué fin se realizaron estos prodigiosos amontonamientos de piedras?...»

Y bien; todas esas invenciones de la civilización son nuestras Pirámides. Tal vez dentro de algunos miles de años vendrá un pueblo que, al encontrar sus vestigios, se

dirá: «¿Qué gentes eran aquellas tan singulares, que se imaginaban que el ir rápidamente de un punto á otro era una función esencial de la vida?...» Y ese pueblo tendrá razón. Yo no he comprendido nunca la utilidad de los viajes.

Los viajes, cuando no tienen un fin inmediato de trabajo, sólo sirven para que los hombres pierdan su tiempo. No es cierto que influyan sobre el pensamiento. El verdadero pensamiento es planta que crece entre las rocas salvajes. Se nutre de sí mismo y es el producto de su propia substancia. Epicteto, Sócrates y Platón no iban en ferrocarril. Spinoza vivía en su agujero. Descartes junto á su estufa y Kant era un solitario. El pensamiento es la obra suprema del trabajo, y el trabajo no es posible ni fecundo más que en el silencio y el retiro.

*
* *

Algunos se preguntan con horror cuál sería la suerte de Rusia si los hombres arrancados al trabajo por la movilización

militar se negasen á tomar las armas y á hacer la guerra.

Yo declaro que esto sería una gran victoria para la civilización y la humanidad. Mi conciencia me dice que el matar, sea cual fuere la forma de que se revista y el pretexto que lo encubra, es execrable: que la guerra es una vergüenza monstruosa, una aberración sanguinaria, y que todo el que prepara la guerra es digno de condenación.

No; no hay nada más vergonzoso que ese servicio militar obligatorio, que alista á todos los hombres, contra su voluntad, á la edad de la ternura, para trabajo de criminales. ¡Jamás ha visto el mundo nada semejante! En los bárbaros tiempos de Gengis Khan no mataban más que aquellos que tenían afición á la carnicería. Las gentes gozaban el derecho de quedarse en sus casas, de cultivar sus tierras, de vivir en paz, de soñar, de hacer el bien.

El mundo moderno, vuestro mundo civilizado, es más feroz que Gengis-Khan. Á todo hombre le pone un fusil en las manos; á todo hombre le da la orden de matar; y

si el hombre arroja el arma y rehusa ser homicida, se le trata como si fuese un delincuente. ¿Cómo aceptar esto? ¿Cómo no se revelan las conciencias? ¿Cómo no se fija el mundo en el escándalo de esta tiranía asesinadora?... ¿Y qué hacer, qué intentar, mientras dure este estado de cosas? ¿Cómo ennoblecer las almas mientras ellas se encorven bajo tal servidumbre? Esto produce inmensa aflicción. No, no; basta de compromisos con el servicio militar. Todo hombre, sea quien sea, si tiene la noción de su deber y el respecto de su conciencia, debe, ante todo, y cueste lo que le cueste, rehusar tal servidumbre.

Si en la vida normal se propone á cualquier persona que coja un cuchillo y asesine al primer desconocido que pase por la calle, no lo hará, porque moralmente le será imposible. Si el deber cristiano estuviera en el fondo de las conciencias, le sería del mismo modo imposible á todo hombre el tomar un fusil y servirse de él contra sus semejantes que ningún daño le han hecho.

¡Ah! Es necesario que yo sea sincero.

Yo no me siento en el fondo de mi ser completamente libertado de la noción del patriotismo. Por atavismo, por educación, persisten en mí, contra mi voluntad, los restos de un sentimentalismo egoísta. Me es preciso hacer intervenir á mi razón y recordar mi deber esencial, y entonces es cuando me digo, sin ninguna reserva de mi conciencia, que no existe ninguna razón en el mundo que sea superior á la razón de humanidad.

Esforzándome para hacer amar á los hombres la paz y la concordia, no he soñado, sin embargo, jamás que estas exhortaciones puedan producir frutos inmediatos; yo no he creído nunca que el mundo pueda ser conquistado de un golpe por la fraternidad universal. Es más, si el mundo marchase ya por el camino de la paz, mi esfuerzo sería pueril y vano.

La guerra actual no es más que una manifestación de la locura homicida de los hombres.

Ella debe afligir á todos los seres de conciencia y de deber sin sorprenderles gran cosa.

El prodigio maravilloso sería que nos fuese dado asistir á la reconciliación definitiva entre los hombres.

LEÓN TOLSTOI.

Yasnaïa-Poliana, Septiembre 1904.